

NAZISMO, COMUNISMO, SOCIALISMO, UN IDENTICO COMBATE

No suelo recomendar novelas pero *Vie et Destin*, del escritor ruso Vassili Grossman, es una catedral. Una catedral erigida en secreto a la piedad por el martirio y el genio. Una catedral de nuestro tiempo,

La novela está prohibida en la Unión Soviética. Su autor murió de pena después de que la KGB hubiera secuestrado su obra maestra. Había en Grossman la potencia de Tolstoi en *Guerra y Paz*. Esa potencia se desencadenó de pronto. Hasta entonces, Grossman había sido un buen obrero de la literatura soviética. Era un militante. Se convirtió en un individuo. Desde entonces se sintió alentado por una misión: decir no.

El gulag, el antisemitismo, el terror ideológico le fueron revelados bajo Stalin triunfante. Su visión de la Historia cambió. Descubrió que el hitlerismo y el estalinismo eran hermanos. Hermanos enemigos, claro. Pero del mismo origen e idéntico comportamiento. Dos productos del totalitarismo, invento de nuestro siglo. En Stalingrado, donde cambió la suerte del mundo, el hielo fue un espejo. Fascismo y comunismo se reconocieron idénticos. Para los innumerables siervos y para sus dueños, al fin y al cabo, ¿qué diferencia hay entre nacionalsocialismo y socialismo nacional? Fanatismo de clase y fanatismo de raza se unen. Una misma burocracia no humana aniquila las conciencias tanto en la Lubianca como en Auschwitz. En ambos campos se trata, sencillamente, de hallar un vago e ilusorio fundamento teórico a la compulsión absoluta impuesta por el Estado: el III Reich milenario o el comunismo liberador.

Tal es la tesis o, mejor dicho, la comprobación de Vassili Grossman. "Y, sin embargo —dice—, la silenciosa disputa que opone el pueblo al Estado prosigue". Quiso hacerla pública en su patria. Por ello murió.

Las afinidades entre el socialismo y el fascismo son un tema tabú. Es tiempo ya de derribar los tabúes.

La izquierda se ha atribuido el monopolio del antifascismo. Lo utiliza contra la oposición republicana. Se sirve de él para intentar descalificar a los liberales. Son "la derecha". El apéndice natu-

ral de la "derecha" es la "extrema derecha", o sea, el fascismo. He aquí ya el liberalismo sospechoso. Y he aquí cómo la izquierda reivindica la inmunidad ideológica, social y política. Es una farsa siniestra. Ha durado demasiado.

Históricamente (pero, ¿qué historia se enseña?), el fascismo estuvo más cerca de la izquierda de lo que se ha convenido en llamar derecha. Si no lo comprendemos, somos incapaces de advertir el peligro que nos amenaza y las razones de una progresiva intervención del Estado sobre la economía, la cultura y la información, con el pretexto de "avanzadilla democrática".

Hitler —que eligió la bandera roja y el partido único de los trabajadores— decía: "No sólo soy el vencedor del marxismo; soy su realizador". Mussolini fue un gran líder socialista; dirigió el periódico *La lucha de clases* y veía en Marx "al filósofo magnífico de la violencia obrera".

Los tres fundadores del fascismo francés fueron de izquierdas. Para Valois, "fascismo y bolchevismo son una misma reacción contra el espíritu burgués". Doriot provenía de la dirección del PC. Déat animaba el ala izquierda del SFIO. Hoy diríamos el CERES. El fascismo fue una síntesis entre el socialismo y el nacionalsocialismo, a partir del socialismo. Naturalmente, fascismo y socialismo se combatieron. Fue una guerra de religión. Es decir, una guerra por dos interpretaciones de la misma religión. Pero más allá de su lucha tuvieron un enemigo común: el liberalismo, el régimen de libre intercambio de cosas y pensamientos, en el que el individuo se realiza.

Fue un viejo socialista alemán, Sombart, quien proporcionó la misma moral al bolchevismo y al nazismo: "Nada es más despreciable que la aspiración universal a la felicidad individual". El totalitarismo es sólo socialismo radicalizado. Se halla en el socialismo, en el comunismo, al igual que en el fascismo, la misma idea de partida: que el hombre no existe en sí; que no tiene en sí mismo un principio de elevación y que es preciso cambiar la sociedad para crear al hombre nuevo.

Las divergencias provienen de la elección de los métodos para operar el cambio. Violencia para el comunismo y el fascismo. Persuasión progresiva para el socialismo, condicionamiento social y cultural en el marco de una democracia aparente. Es la apuesta del socialismo a la francesa tal como lo vemos actuar desde el poder.

Pero se trata siempre de "cambiar la vida". Se trata siempre de ilusión revolucionaria, del Estado como instrumento supremo del cambio. Se trata de miembros de la misma familia estatalista.

Por ello somos, a la vez, anticomunistas, antisocialistas y antifascistas. Es decir, otra religión. Nuestra religión es el individuo. Su religión es lo colectivo.

Porque creemos en la felicidad individual somos liberales. Creemos que el hombre no debe cambiarse. Que es eterno. Y que si existe una trascendencia no es, no será jamás, el Estado.

La actualidad inmediata nos solicita. Pero una mirada desde lo alto ilustra mejor su sentido. Por ello he querido recordar esas verdades que son la trama del siglo que termina, con ocasión de un libro heroico escrito en Moscú.

LOUIS PAUWELS

*Con la gentil autorización de *El Mercurio* (Stgo. 3.5.1987 E-5).